

BELÉN MARTÍNEZ

ZHAO

Deseo y amor

 **UMBRIEL**

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

¡ATENCIÓN!

NO DEBERÍAS LEER ESTE RELATO
SI NO HAS TERMINADO PLACERES MORTALES,
YA QUE CONTIENE SPOILERS.

Caminaba tan deprisa que cuando escuché cómo un guardia imperial me siseaba «mediohombre», ya estaba casi a las puertas del despacho de Su Majestad.

Ni siquiera me inmuté. Estaba demasiado acostumbrado a esos insultos. Al principio había sido diferente. En muchas ocasiones había tenido que esconderme en algún rincón de la Corte Interior para que nadie pudiera verme llorar. O gritar. Pero con el tiempo había aprendido a ignorarlos. La mayoría provenía de la servidumbre que me observaba con la envidia latiendo como veneno en las pupilas cuando caminaba por las dependencias imperiales. A pesar de mi mutilación, de ser huérfano, de haber sobrevivido a un sufrimiento atroz, a ser considerado por muchos como un traidor, había quienes anhelaban mi posición.

Todos querían estar cerca del Emperador. Era la personificación en la tierra del Dios Sol. Iluminaba todo lo que se aproximaba a él. Aunque a veces también lo redujera a cenizas.

Apoyé las manos en la inmensa puerta dorada y la desplacé hacia un lado. No me había anunciado, así que quien se encontraba junto al Emperador se giró en mi dirección, sorprendido por el atrevimiento. Sin embargo, el desconcierto se tornó pronto en enojo.

Los ojos del consejero Sushun me fulminaron.

—Llevas muchos años aquí, eunuco imperial, como para no conocer el protocolo —me amonestó.

Pegué los brazos al tronco y me incliné.

—Disculpadme.

El hombre apretó los labios y desvió la mirada con hastío. Si había alguien a quien le molestaba especialmente mi cercanía con Su Majestad, era él, sin duda. Sabía que estaba esperando cualquier error por mi parte para arrojarme a la guarida del Gran Dragón.

—Sushun, dejemos la conversación para más adelante —dijo entonces una voz aterciopelada como la seda de las concubinas y afilada como la mejor de las espadas.

El aludido frunció aún más el ceño, pero obedeció sin replicar. Recitó la despedida protocolaria y abandonó el despacho tras dedicarme un vistazo por encima del hombro.

Cuando la puerta se cerró tras él, Xianfeng se volvió hacia mí con un suspiro.

—Incorpórate, anda —dijo, mientras pasaba por mi lado para ocupar su lugar tras el escritorio—. Terminará por dolerte la espalda.

—¿Qué hacía aquí? —pregunté. Al fin y al cabo, el Consejo había terminado hacía un par de horas.

—Al parecer, lo que ocurrió ayer en el Palacio de la Luna ha llegado a sus oídos. Sabe lo que hizo Cixi. —Unas garras se clavaron en mi estómago. «Cixi», había dicho. No «la criada»—. Y sabe también que es una Virtud que debería haber tomado el Té del Olvido hace mucho. —Se llevó las manos a la cabeza y se masajeó las sienes con gesto cansado—. Por mucho que trate de mantener aislados los asuntos de la Corte Interior, siempre terminan fil-trándose.

Mis manos, pegadas todavía a mis costados, se tensaron. Traté de controlar mi respiración, ya que era incapaz de contener el latido errático que me golpeaba el pecho.

—¿Y qué puede desear un consejero de una criada del Departamento de Trabajo Duro? —dije; mi voz brotó átona, sin sentimiento.

A él casi se le escapó una carcajada.

—Su muerte, por supuesto. —Se reclinó sobre el sillón labrado en madera y entornó la mirada—. Ella ha cometido un delito capital al esconder su Virtud, al no ingerir el Té del Olvido. Sería el castigo apropiado.

La garganta se me cerró. Me obligué a no apartar la vista mientras preguntaba con la misma indiferencia:

—Entonces, cuando despierte... ¿la ejecutarás?

Xianfeng vaciló. Sus ojos trataron de no apartarse de los míos, pero fallaron cuando se clavaron durante un instante en un objeto que sobresalía de su estantería. Un maldito tablero de Wu.

Cuando volvió a encararme, supe que había tomado una decisión.

—Vas a convertirla en tu concubina —susurré.

—Oh, Malditos Dioses —bufó él, poniéndose en pie con cierta brusquedad.

—Te conozco, Xian. Conozco muy bien tus gustos y he comprobado cómo... cómo *la miras*. —Debía callarme. Debía controlarme. Pero no podía—.

Me pregunto qué habrías hecho si no os hubiera interrumpido en la recepción del Rey Kung.

Un resplandor helado azotó la mirada de Xianfeng.

—Eso es algo que no te incumbe —pronunció, con un siseo bajo.

Me envaré y mi mano derecha buscó inconscientemente la empuñadura de una espada. Pero solo encontré aire. Me habían mutilado con diecinueve años. Hacía ya seis años de ello, pero aquella costumbre que había adquirido cuando todavía era un niño no había desaparecido. Me había criado entre armas, así que mis dedos no podían evitar buscar una cuando me sentía amenazado.

Bajé la extremidad con lentitud, mientras Xianfeng me observaba en un silencio hostil.

Cada vez se producían más aquellos mutismos. Siempre había existido un muro invisible entre nosotros. Aunque yo era el hijo de uno de los militares más célebres del Imperio, él había nacido príncipe. No obstante, había sido una barrera sencilla de escalar. Nos tratábamos como iguales. Pero, aunque él me seguía llamando «Ahn» y yo a él «Xian», quedaba poco de esos niños que jugaban a perseguirse en el Pabellón de las Peonías.

De pronto, como si se percatara de la amenaza que había flotado en su voz, sacudió la cabeza y dejó escapar otro largo suspiro. Me miró con los labios apretados, pero no se disculpó.

Habían pasado muchos años desde la última vez que lo había hecho.

—La deseo, Ahn —confesó, con la voz áspera, grave—. La deseo más que a cualquier otra Virtud que haya visto antes.

Cada vez me era más difícil respirar con normalidad. Era como si el propio Xianfeng extendiese sus manos sobre mí, me atravesara, y apretara mis pulmones, mi corazón, sin piedad. No sabía si era la rabia, o el miedo, lo que vencía. Lo que me desbocaba el pulso.

—Eso fue lo que dijiste la primera vez que viste a la Consorte Lilan —contesté.

El Emperador dobló los labios, molesto, y volvió a dejarse caer sobre su magnífico sillón. La decepción se unió a las emociones turbulentas que me azotaban. No se daba cuenta de ello, pero cada vez sonaba más a su padre, a ese monarca al que juró no parecerse, al que decía odiar.

El Emperador Daoguang también se dejaba llevar por el deseo. Al fin y al cabo, cuando había muerto, había dejado a sus espaldas más de un centenar de concubinas. Muchas de ellas ni siquiera llegaban a la veintena.

Su deseo, como el de su hijo, se encendía tan rápido como se apagaba.

—Sé que ella a mí también —contestó entonces Xianfeng, ajeno a todo lo que me pasaba por la cabeza—. Lo he visto. Lo he sentido.

Lo cierto era que yo también. Por mucho que lo intentase, no había podido borrar lo que había presenciado en la antecámara de uno de los salones del Palacio del Sol Eterno, entre el Emperador y Cixi. Había visto su expresión. Sus labios entreabiertos, a un suspiro de los de Xianfeng, sus ojos perdidos en la mirada de él, sus cuerpos unidos en un roce accidental con el que ninguno se sintió incómodo.

Era fácil sentirse atraído por Xianfeng. Su magnetismo era embriagador. Su atractivo te fulminaba. Hacía años yo también me había sentido confuso respecto a él. Su belleza en ocasiones me había aturdido.

—No estás de acuerdo —farfulló, casi para sí—. ¿Por qué? Cuando me convertí en Emperador, me juraste que siempre me apoyarías, que siempre estarías a mi lado.

—Pertenece a la servidumbre, no es una buena candidata —contesté. Conseguí esconder el dolor en mi garganta.

Xianfeng puso los ojos en blanco y sacudió la mano arriba y abajo.

—Jamás imaginé que tú hablarías como mis viejos consejeros.

Recibí el insulto sin parpadear. Tenía ganas de acercarme a mi amigo, de sacudirle los hombros, de gritarle. Pero por mucho que él a veces me llamase «hermano», había límites que yo ya no podía cruzar. Que nunca podía cruzar, en realidad.

—Quizá no sea solo deseo... —Dudó, antes de mirarme a los ojos y añadir—. Quizá sea algo más.

—Sabes lo que supone la Corte Interior. Tras la puerta de El Mundo Flotante no se vive, *se sobrevive* —repliqué. La voz escapó por primera vez temblorosa. Xianfeng no lo veía. *No quería* verlo—. Recuerda a tu madre biológica, a la Gran Madre, a tus hermanos... —Él se encogió, como cada vez que alguien los nombraba. Sus muertes resultaban un tema delicado, casi prohibido, pero yo seguí adelante—. Ella ha soportado mucha humillación, mucho sufrimiento, pero sabes que, una vez que la hagas concubina... el dolor será diferente. ¿De verdad quieres que experimente algo así?

Él ni siquiera dudó.

—Cixi es fuerte. Resistirá.

Cerré los ojos durante un instante. Xianfeng ya había decidido. Y daría igual lo que yo tratase de decir para convencerlo. Era el Emperador. Y su palabra era ley. Era *verdad*.

Cuando separé los párpados, empecé a retroceder.

—Espero que sepas lo que haces —respondí.

El que me devolvió la mirada no fue Xian, ese niño que sonreía siempre mientras corría a mi lado, el que me abrazaba cuando acudía a él llorando, el que me guiñaba un ojo cada vez que volvía locos a los pobres criados que lo cuidaban.

—Yo siempre sé lo que hago, Eunuco Imperial —contestó.

Me dirigí con paso rápido a la puerta del despacho. Pero, antes de que llegara a rozar la madera pintada, su voz volvió a llegar hasta mí:

—Habías venido a verme por un motivo. —El tono era más suave, más controlado. Me hacía creer que él no había cambiado tanto—. ¿Cuál era?

Inspiré hondo antes de girar la cabeza y mirarlo.

—Algo que ya no tiene arreglo.

No le di tiempo a contestar. Desplacé con brusquedad la puerta y abandoné la estancia con rapidez. Al otro lado, sospechosamente inclinada, encontré a la Consorte Liling y a su dama de compañía, que apartó sus ojos cuando mi mirada se cruzó con la de ella.

No sabía qué hacía allí. Una concubina no podía abandonar la Corte Interior sin permiso. Pero ni siquiera me molesté en preguntar. Le dediqué una seca reverencia y me alejé a paso veloz.

Sentí su mirada artera clavarse en mi nuca.

Estaba demasiado cerca de la puerta. Debía haberme oído. Quizá mis palabras llegarían a Cixi.

Pero sería mejor así. Si se sentía dolida, eso la haría distanciarse de mí. Quizá, con el tiempo, hasta llegaría a odiarme. Al fin y al cabo, odiar al eunuco hijo de un traidor no era difícil.

Un gusto amargo se deslizó por mi garganta cuando tragué saliva.

Habías venido a verme por un motivo, susurró de nuevo la voz de Xianfeng en el interior de mi cabeza.

Había sido un imbécil. Levanté la vista y, a lo lejos, sobre esos muros empañados en sangre enemiga, vi los tejados blancos del Palacio de la Luna, bajo los que Cixi dormía perdida en su Virtud. Donde despertaría convertida en una concubina del Emperador Xianfeng.

¿Cuál era?

Pensaba que la ejecutarían. Cuando la escuché confesar la verdad, cuando oí cómo el sanador imperial explicaba el poder que escondía, creí que estaría

perdida. Que, como había propuesto Sushun, la arrojarían a la guarida del Gran Dragón, donde moriría y viviría en un ciclo eterno.

—Quería pedirte su mano, Xianfeng —susurré en voz alta, sin darme cuenta.

Nadie cruzaba las calles de «la ciudad dentro de la ciudad» en ese momento, y mi voz áspera, desgarrada, sonó como un latigazo hueco entre esas paredes bermellones.

Un matrimonio la habría salvado de aquel castigo. Xianfeng no condenaría a la mujer de la que estaba enamorado. Habría dado su aprobación y Cixi podría haber elegido.

Yo no valía nada. La vida que podría ofrecerle no hubiese sido digna de ella, pero la salvaría de vivir eternamente bajo el yugo de una bestia. De despertar y morir hasta que su hora llegara.

No la tocaría.

No la besaría.

No me serviría.

Solo deseaba que estuviera a salvo. Que fuera feliz.

Y, con el tiempo, la ayudaría a marcharse de aquí.

Aunque su Virtud estaba relacionada con la muerte, yo quería que *viviera*. Cixi era un alma demasiado libre como para condenarse entre estas paredes.

Si Xianfeng lo hubiese aprobado, si ella hubiera aceptado mi mano, la historia podría haber sido diferente.

Pero el Emperador había decidido su destino. Y, ante ese decreto, no podía hacer nada.

Yo era una rata.

Él, un dragón.

Y Cixi, la mujer de la que estaba desesperadamente enamorado.